
Y HASTA CREERÁN QUE ASÍ DAN CULTO A DIOS (JN 16,2)

Carlos Flores Lizana



EL TÍTULO DE ESTE TRABAJO ha sido cuidadosamente escogido, porque hay personas que en nombre de Dios han dado muerte a seres humanos, la mayoría cristianos, campesinos pobres, niños, jóvenes, mujeres... Y trágicamente, como ya lo anunciara el mismo Jesús, precisamente antes de ser asesinado por las autoridades religiosas de su tiempo, creyeron que estaban haciendo el bien y hasta sirviendo al Dios de Jesús. Esa experiencia la tuve frente a gente que creía servir a Dios y dio muerte a sus hermanos, a algunos de manera directa y a otros permitiendo que eso suceda, es decir, siendo cómplices con el silencio o colaborando de manera indirecta con una lucha antisubversiva que ha producido la mayoría de los detenidos desaparecidos de los últimos 20 años. El presente artículo es parte de un texto mucho más extenso y documentado que estoy elaborando como contribución a las tareas de la Comisión de la Verdad y la Reconciliación.

El carácter de este trabajo es fundamentalmente testimonial, pero también intenta hacer análisis de la posición de una parte de la Iglesia católica en los años que sufrimos la violencia armada desata-

CARLOS FLORES LIZANA

da entre Sendero, el MRTA y las Fuerzas Armadas. Abarca desde los años 1980 hasta 1999. Durante estos 19 años he convivido con los pobladores del barrio del Agustino en Lima, con los campesinos comuneros de San Juan de Jarpa, provincia de Chupaca, departamento de Junín, con los universitarios y campesinos de Ayacucho y, finalmente, con los comuneros y vecinos de Iscahuaca, comunidad de Cotaruse (Aymaraes) y Chalhuanca, en el departamento de Apurímac.

En el tiempo de mi estadía en Huancayo, tuve también la suerte de conocer y visitar con relativa frecuencia a las poblaciones de La Merced y La Florida, en el río Yurinaki, afluente del más conocido río Ene, lugar especial, por lo que diré en su momento. Ambos lugares pertenecen al departamento de Junín.

Cada uno de estos espacios de vida y trabajo son distintos, pero todos unidos por un país como el nuestro, donde la mayoría de las personas son modestas, trabajadoras y provenientes de razas excluidas como los quechuas, aimaras, chancas, negros, asháninkas, etc. La primera hipótesis de mi trabajo es que ellos han constituido el grueso de las víctimas de estos años terribles de violencia homicida.

El tipo de relación con estos ambientes humanos y de vida ha variado, pero fue sobre todo como agente pastoral, por mi condición de sacerdote y religioso, y, desde 1997, como investigador antropólogo. Me considero por eso un privilegiado, en el sentido del lugar en el que pude estar y, por lo tanto, alguien que le debe a los pobres este trabajo, ya que ellos, los pobres y víctimas, son el motivo fundamental que me anima a escribir y presentar al país y la Iglesia lo que viví, sufrí, reflexioné y conservé para, como se dice frecuentemente, “no se vuelva a repetir esta barbarie” y para que veamos como cristianos cuál es nuestro lugar en la historia de este país en el que Dios nos ha puesto.

Otra razón por la que escribo y presento estos materiales es porque espero que sirvan para esclarecer la verdad histórica y espiritual de lo que vivimos en este pasado cercano, para que ayuden a reflexionar a los que nos consideramos cristianos sobre el tipo de seguidores de Jesús que somos. Hoy existen dentro de la Iglesia creyentes que no ven y que no quieren ver que la fe pasa por defender la vida y la verdad, que, como dice el título de este trabajo, han llegado a creer que matando o colaborando con la muerte han servido al

Y HASTA CREERÁN QUE ASÍ DAN CULTO A DIOS (JN 16,2)

Dios de Jesús, cosa aberrante y antievangélica, y que siguen haciéndolo al oponerse al esclarecimiento y sanción de los responsables de las matanzas y muertes que ahora aparecen con toda su crudeza a través de los trabajos y hallazgos de la Comisión de la Verdad y la Reconciliación. Una variante de esta perspectiva es insistir en la reconciliación entendiéndola como borrón y cuenta nueva. Existen todavía posiciones interesadas en ocultar la verdad y, más aún, en dejar libres a los responsables de tanta violencia como hemos vivido. Y junto con ello, la desaparición forzada, el crimen, la tortura, el secuestro, la ejecución extrajudicial, la violación sexual, el terror como medio político, etc. siguen clamando por justicia y reparación.

Estamos convencidos de que todas las formas de violencia contra el ser humano no tienen atenuantes ante la conciencia de los derechos humanos y ante la dignidad de hijos de Dios que tiene creyente. Nada puede justificar estos comportamientos y jamás la fe cristiana los podrá avalar o justificar.

Como podemos observar, el tema es de suma importancia. Espero contribuir a que seamos fieles a la realidad para poder ser fieles al Dios de Jesús, que nos sigue invitando a la conversión auténtica. Deseo contribuir también a la revisión honesta y auténtica de la función social que tiene y tendrá siempre nuestra Iglesia y, dentro de ella, la cuestión del respeto a los derechos humanos.

1. MIS PRIMERAS EXPERIENCIAS DE LA VIOLENCIA SENDERISTA Y LA DE LAS FUERZAS DEL “ORDEN”

En el año 1981 vivía en una comunidad jesuita que tenía a su cargo una de las parroquias del cerro del Agustino, en Lima, llamada Virgen de Nazaret. Trabajaba en ese tiempo una tesis de teología y permanecí en dicho barrio del año de 1981 al 1983. Allí pude visitar en varias ocasiones la cárcel de Lurigancho, cárcel famosa tanto por su peligro como por lo inhumano del trato a los detenidos y condiciones en que vivían. Muchos de ellos pertenecían a familias que estaban dentro de la zona en que la parroquia ejercía su trabajo pastoral. En una visita a este penal me encontré con un joven que había sido mi compañero de universidad en los estudios generales de la Facultad de Teología, en los años setenta. Lo reconocí y supe que estaba preso

CARLOS FLORES LIZANA

por su colaboración con Sendero Luminoso, que acababa de iniciar sus acciones en Chuschi (Ayacucho) el 18 de mayo de 1980.

Después de conversar brevemente con él, me fui cuestionado por encontrarlo en esa situación y saber que él estaba comprometido con una organización que decía que buscaba la justicia social y lo hacía por medio de la lucha armada, pues así es como se presentaban al inicio de su guerra popular. Él se consideraba cristiano y sin embargo estaba comprometido con un partido netamente violento. Me quedé pensando cómo era posible eso, qué significaba, qué razones habría tenido para entrar por ese camino... ¿No eran contrarias ambas posiciones? Como digo, quedé profundamente cuestionado.

La segunda experiencia de hondo cuestionamiento en este barrio fue escuchar a un dirigente barrial, muy estimado por la gente de base: “Creo que me haré senderista, porque prefiero morir luchando que morir en mi casa de tuberculosis”. Esta frase, dolorosa, pero real, de un padre de familia que vivía en una choza de esteras, que era flaco, como muchos pobres, y se daba cuenta de la angustiada situación en la que vivían muchas familias del barrio, sonaba extremadamente dura para mí. Me hacía ver que los “ideales senderistas” podían tener acogida dentro de dirigentes tan reales y correctos como el mencionado. Esta manera de sentir la fui viendo en muchas otras personas que tenían el convencimiento de que nada solucionaban los distintos gobiernos que iban haciéndose cargo del Estado. Para muchos pobres, cada nuevo presidente elegido significa una nueva frustración.

En la historia, sólo la época del incanato fue buena para ellos, y sueñan de alguna manera con ese pasado como si fuera el principio de la historia. El discurso senderista tiene eco en esa manera de sentir la vida y de leer la historia, da esperanza de un cambio, aunque sea doloroso.

Por la información que pude conseguir de esos años en el mismo Ayacucho, parece que esa fue una de las razones por la que los senderistas toman la decisión política y militar de entrar en la lucha armada cuando el 78 y 79 pierden las elecciones universitarias y el apoyo de los estudiantes en la universidad de Ayacucho y en el mismo Huanta. Llegaron al convencimiento de que la vía electoral había llegado a su tope y que de ella no había nada que esperar.

Y HASTA CREERÁN QUE ASÍ DAN CULTO A DIOS (JN 16,2)

Otro acontecimiento que me puso en relación directa con algunos senderistas y sus familias fue la asistencia al velatorio de un joven que había sido muerto en circunstancias no claras. Fue velado en un cuartucho miserable, donde casi no cabíamos, en una de las casas de la ladera que cae sobre el llamado “Cenicero”, una de las zonas pobres del barrio del Agustino. Vi el rostro dolorido y pálido de un joven muerto que era llorado por unos padres que apenas sabían castellano, un joven que había venido a “vivir mejor” en “la Lima que acoge a todos”, mentira que sigue atrayendo a los campesinos de un país que no acaba de dejar de ser rural y ya se convirtió urbano. Velamos el muerto en un cuarto donde casi no se podía respirar por las luces y las velas que calentaban más el ambiente. Era verano, piso de tierra, paredes de estera forradas con papeles de periódico y bolsas de cemento.

Yo no comprendía bien qué era lo que estaba pasando. Sentía la bronca interior que produce la miseria y la muerte de los pobres, pero creía que Dios me estaba poniendo cerca de estos hermanos para hacer algo por ellos y no solamente dejarme llevar por la indignación y el dolor. Fuimos al cementerio y el joven fue cubierto en el momento de ser colocado en la sepultura con un bandera roja con la hoz y el martillo. Allí supe que había pertenecido a Sendero Luminoso.

A los pocos días, o semanas quizás, empezaron las voladuras de torres de alta tensión y los apagones en diferentes partes de la ciudad. Por primera vez empecé a ver las fogatas o iluminación de los cerros, con la hoz y el martillo o con fechas significativas del calendario senderista. El conocimiento de lo que era Sendero y de lo que quería en el Perú lo fui adquiriendo muy lentamente, ya que en esos años solamente notábamos sus movimientos y sufríamos sus ataques. Recuerdo haber visto también perros ahorcados y colgados en los postes de luz con frases como “mueran los revisionistas Deng Xiao Ping y sus colaboradores”, “mueran los caca de perro...”.

En el barrio muchas veces tuvimos que correr a la casa donde vivíamos, o acompañar a jóvenes con los que trabajábamos para llevarlos a sus casas, en medio de apagones y el sonar de las alarmas de los carros de la policía, que también estaba tan desconcertada como nosotros.

CARLOS FLORES LIZANA

Un elemento que no debo dejar de mencionar es el papel de los medios de comunicación en ese tiempo. Era presidente el señor Fernando Belaunde Terry, quien había sido elegido por segunda vez después de 12 años de gobierno militar y de muchos conflictos sociales en los años 77-78-79, en que, como decían los analistas políticos de esa época, había surgido el movimiento popular, conformado por los grandes movimientos sindicales del magisterio, la CGTP, en el ámbito urbano, y en el mundo rural las dos grandes centrales campesinas de ese tiempo, la CNA y la CCP. En ese contexto se movía también Sendero, con su posición política y militar violenta y radical. Recuerdo con mucha nitidez las declaraciones del presidente Belaunde a propósito de las primeras acciones de Sendero en Ayacucho: “Son una banda de abigeos petardistas que en cosa de semanas serán puestos en su lugar”, pues para eso estaba la policía. Pienso que nunca creyó este señor en el tamaño del problema que se avecinaba a un país como el nuestro, resentido por tantas traiciones de las clases dirigentes y con el fracaso de una revolución hecha por un grupo de militares progresistas, que, en palabras de Julio Cotler, pretendieron hacer “una revolución desde arriba”.

La segunda noticia fue ver en directo por un canal de televisión la masacre hecha por la policía y el Ejército contra un grupo de presos de la cárcel de Lurigancho que habían secuestrado a una religiosa (Juanita Sawyer) y otros agentes de pastoral e intentaban huir con una ambulancia también secuestrada para ello. Todo el país pudo ver en directo cómo fue acribillada la camioneta y muertos casi todos sus ocupantes por tiradores apostados para esa finalidad. Los cuerpos todavía agitándose, con los estertores de la muerte, eran sacados de la ambulancia acribillada y tirados al suelo, donde terminaban de morir. No había ninguna intención de auxiliarlos o permitir que murieran como seres humanos. Recuerdo con mucha nitidez las escenas y me duele el desprecio total de la vida humana que expresaba dicho comportamiento y su transmisión en los medios de comunicación. También fue muerta la hermana Juanita Sawyer.

Así pasé casi tres años en este barrio lleno de migrantes, primera barriada que se formó a partir de 1947 con familias negras de las antiguas haciendas que rodeaban la Lima de esos años y con los primeros migrados serranos que buscaban casa para poder trabajar

Y HASTA CREERÁN QUE ASÍ DAN CULTO A DIOS (JN 16,2)

en el mercado mayorista de la Parada y en el gran mercado Jorge Chávez. Otra gran oleada de pobres que llegó al Agustino fue a partir de los años setenta, con el terremoto, que hizo salir a tantas personas de la sierra y costa norte hacia el sueño de conquistar Lima. Finalmente, a partir de los años de 1983-1984, este barrio se tugurizó aún más con los refugiados de la violencia que empezaba a golpear a los campesinos de la sierra sur y centro del Perú. La presión por el espacio y la remodelación de las zonas más tugurizadas hicieron que se luchará por nuevos lugares dentro del mismo territorio. Así nacieron la “Parcela B” y otras nueva zonas donde se acomodaban las familias que sobraban y no tenían dónde vivir.

2. SEGUNDA ETAPA: MI VIDA EN JARPA, PROVINCIA DE CHUPACA, JUNÍN

Mi trabajo en esta etapa se desarrolló en el centro del país. Había estado en 1969 por primera vez en la ciudad de Huancayo y había conocido de cerca el dolor de los enfermos pobres en el hospital del Carmen de esta ciudad, donde trabajé como voluntario en la sección de pediatría. El año 1970 volvía al valle nuevamente en un viaje inolvidable, hecho en el ferrocarril más alto del mundo. Esta segunda vez me tocó ir con otro estudiante para acompañar durante un mes al párroco de Orcotuna, pueblito pegado a uno de los lados del gran valle del Mantaro. Nuestro trabajo fue fundamentalmente acompañar y ayudar a poner en orden alfabético las partidas inscritas en los libros parroquiales. Teníamos tiempo para hacer algo de trabajo con los jóvenes y niños y salir a las novenas que se rezaban de casa en casa con una imagen de la Virgen María. Era agradable rezar con la gente y después recibir ponches y bebidas calientes de parte de la familia que nos acogía. Fue una experiencia muy breve y no llegué a profundizar mucho, lo que sí ocurriría más tarde, en el tiempo que me tocó vivir en Jarpa.

Era el año 1984 y ya había terminado mi licenciatura en teología en la Universidad Iberoamericana, dirigida por los jesuitas en la ciudad de México. Era el mes de mayo cuando regresé al Perú y viajé a Jarpa, donde viví durante casi tres años, en la parroquia de San Juan Bautista, que tenía 14 comunidades campesinas a su cargo. La

CARLOS FLORES LIZANA

carretera llegaba casi a todas las comunidades, que estaban rodeadas por las grandes ex haciendas que habían sido afectadas por la reforma agraria del año 1969 y habían sido convertidas en SAIS y CAPS, en un intento de que los mismos beneficiarios de la reforma fueran quienes llevaran adelante la organización de la producción. La reforma agraria no quiso romper la propiedad de las haciendas porque consideraba importante y de interés social mantener su unidad. El Estado era, en el fondo, el nuevo propietario, a pesar de que se les decía a los comuneros que ellos eran los socios cooperativistas o los directivos de estas empresas sociales. El tamaño de estas propiedades era desproporcionado, al lado de las pequeñas extensiones con que contaban los comuneros.

Las comunidades en general estaban organizadas bastante bien, pero carecían de tierras para la agricultura y el pastoreo. La historia de algunas de estas comunidades era muy interesante, pues algunas procedían de pequeños grupos de pastores estancieros de los pueblos del valle o de los grandes latifundios. Los fundadores de estas comunidades fueron los que lucharon con mucho esfuerzo por su reconocimiento y por lograr la titulación de sus tierras; para lograrlo habían tenido que ir hasta el Congreso de la República dos, tres o más veces a pie. Esta historia de lucha por la tierra y los pastos era su pasado glorioso frente a los jóvenes de la comunidad, con los cuales se alternaban el gobierno: la junta directiva comunal un período era de los jóvenes y otro de los mayores.

La vida de estas comunidades era bastante tranquila, en cuanto tenían una vida comunal bastante activa y, de alguna manera, se guardaba bien el equilibrio entre interés comunal y familiar. Sin embargo, con el trabajo de promoción y educación desarrollado desde el Centro de Promoción y Capacitación (PROCAD) aparecieron elementos importantes para lo que después se desarrolló como una propuesta de afectación de las tierras de las grandes unidades de producción estatales. La propuesta desde la institución formada por los jesuitas encargados de la parroquia era lograr varias cosas: la primera fue animar, capacitar y acompañar un proceso de reforma agraria interna, donde se pudiera suprimir la pobreza económica, en el sentido de hacer posible el acceso igual a los recursos de tierra, agua y pastos para todos los miembros de la comunidad. Lograr esta meta

Y HASTA CREERÁN QUE ASÍ DAN CULTO A DIOS (JN 16,2)

tardó alrededor de 14 años de trabajo. Esta experiencia ha sido única en el país y fue puesta por escrito por un antropólogo danés, Karsten, y publicada por el Fondo Editorial de la PUCP.

En Jarpa, como pueblo y capital del distrito, la contradicción más importante la descubrimos al relacionarnos con los más pobres de la comunidad. Nos dimos con la sorpresa de que, entre los campesinos que llamábamos pobres, había aún más pobres y que éstos estaban normalmente al servicio de los “ricos de la comunidad”, sobre todo como pastores de las dos o tres “puntas” (rebaños de ovejas que en algunos casos llegaban hasta las 300 cabezas) con que contaban estas pocas familias consideradas ricas o pudientes. La parroquia los convocó y organizó en una asociación llamada Santa María, que llegó a tener 43 miembros activos. Se les reunía, se les enseñaba a orar con las Sagradas Escrituras en quechua huanca, se les enseñaba a leer y escribir y, finalmente, se les propuso hacer una empresa productiva con unas cuantas cabezas de ganado. Esta forma de trabajar con los más pobres molestó mucho a los “comuneros ricos”, que ya no tenían tan libres a los pobres para que les cuidaran sus ganados o los sirvieran en sus casas. Empezaron los ataques y acusaciones a la parroquia y, por supuesto, al personal del PROCAD, que fueron considerados como comunistas que venían a dividir al pueblo. Comenzaron también a correr la voz de que los sacerdotes más blancos eran *pishtacos* o *ñak'aq* y que habían hecho despachos a la tierra con niños campesinos. El rumor fue muy fuerte y el malestar también. Lo interesante es que uno de los jesuitas que trabajaba en el proyecto y que había sido el promotor de la institución tenía en mente una serie de proyectos para mejorar las condiciones de vida de los campesinos, dentro de lo cual estaba el lograr la electrificación de las comunidades trayendo la energía desde una pequeña hidroeléctrica que había entrado en desuso por la llegada de la red de alta tensión de la gran hidroeléctrica del río Mantaro. En el año 1985 el tendido de luz estaba concluido y el año siguiente llegaba ya la energía eléctrica al poblado de Jarpa, con gran alegría de todos los comuneros del valle del río Cunas.

Otro dato importante de estos comuneros es que han tenido experiencia de trabajo en minas. El centro del país es, desde muchos años, zona de explotación minera y muchos campesinos han trabajado

CARLOS FLORES LIZANA

en las minas de manera temporal, con el interés fundamental de conseguir dinero para completar los gastos de su canasta familiar, siempre deficitaria. Geográficamente, estas comunidades tienen más condiciones para el pastoreo que para la agricultura, por lo que su cultura es más pecuaria que agrícola. Esto se ve muy claro en sus ritos a los manantiales, el respeto y culto a los *wamalis* (en la zona de Cusco correspondería a los *apus*) y el reconocimiento explícito del papel de la mujer como fundamental en el pastoreo en el baile del *llamish*. También dan culto a los *mukis* o especie de duendes que cuidan las vetas de las minas de oro y plata, etc.

Estando en este proyecto y al tanto de lo que pasaba en el país, nos propusimos dar vida a la CONFER (Conferencia de Religiosos y Religiosas) en la diócesis de Huancayo. Teníamos como obispo a monseñor Picher, también obispo castrense, quien no era muy dinámico en cuestiones sociales o pastorales. La iniciativa tuvo acogida entre los religiosos de toda la diócesis y comenzamos las reuniones en distintas ciudades para conocer la problemática que se vivía. Ahí nos enteramos de que a la ciudad de Huancayo empezaban a llegar los primeros refugiados de la guerra que se estaba dando en Ayacucho y Huancavelica. Eran campesinos que salían de esos departamentos buscando dónde vivir y cómo protegerse de la guerra que desarrollaba Sendero y de la represión indiscriminada que ya se empezaba a dar. Venían, literalmente, “con la ropa en el cuerpo”, muchos de ellos sin documentos, otros heridos, con el dolor de dejar a sus familiares y comunidades, de no saber qué había sido de algunos de ellos. Se alojaban en casas abandonadas o trabajaban de cuidantes de casas o canchones a cambio de que les dejen vivir un tiempo, mientras encontraban algo mejor. Para algunos, Huancayo era un lugar temporal en su camino hacia la selva central, donde pensaban irse a vivir y colonizar, como tantos otros serranos que habían hecho lo mismo. En esos años, esta parte del país no estaba tan convulsionada como sí lo estuvo más tarde, con la presencia de Sendero y el MRTA compitiendo por espacios de poder.

Este fenómeno fue detectado por las hermanas del Buen Pastor, que tenían comedores populares, donde comenzaron a llegar estos nuevos pobres sin documentos, sospechados y perseguidos, heridos y desamparados. La CONFER “campesina”, como la llamába-

Y HASTA CREERÁN QUE ASÍ DAN CULTO A DIOS (JN 16,2)

mos, empezó sus primeras tareas con estos refugiados internos dándoles ayuda sobre todo para su sobrevivencia. Estamos precisamente en los años 83 y 84, que son recordados por los ayacuchanos como los años de la primera ola represiva y salvaje efectuada por las llamadas Fuerzas del Orden, en especial por los marinos. Son los años de las primeras fosas comunes de campesinos que la prensa denunciara al país y al mundo.

El trabajo continuó, pero nos dimos cuenta de que el problema era más grande y que como Iglesia teníamos que hacer algo más que atender a las víctimas. Para ello, en coordinación con la Comisión Episcopal de Acción Social (CEAS), tuvimos la Primera Semana de Educación en Derechos Humanos en Huancayo, que fue inaugurada por el nuevo obispo, que casi acababa de llegar, monseñor Emilio Vallebuona.

A este primer curso asistieron la mayoría de los religiosos y religiosas que tenían trabajo en las afueras de la ciudad de Huancayo. De allí nació el futuro CASH de la diócesis, que tuvo gran actuación cuando todo el centro del país entró en la lógica de la guerra.

El año 1987 Sendero iniciaba su trabajo en la zona volando locales de las grandes unidades de producción, degollando ganado mejorado, destruyendo años de investigación en laboratorios para el mejoramiento de la papa y otras especies oriundas del Perú. Las noticias llegaban boca a boca a nuestro pueblo, donde casi no existía la presencia del Estado, salvo en los servicios de educación y salud. Comencé a trabajar con los profesores, para que tomaran conciencia y se prepararan para una guerra que se estaba madurando y que pronto llegaría a estas zonas, y en la que uno de los sectores más golpeados sería precisamente el de los maestros. Había acogida, pero no hablaban mucho del asunto, quizás por miedo o porque algunos ya estarían posiblemente en contacto con los militantes de Sendero Luminoso que ya visitaban la zona.

En diciembre de ese año llegó Sendero haciendo pintas, quemando el municipio, la tienda comunal y los locales del PROCAD. Sólo quedaron de pie, en el caso del PROCAD, las cuatro paredes de la casa. Toda la información sistematizada en las computadoras, los mismos equipos y todo lo que había fue quemado y destruido. Fue

CARLOS FLORES LIZANA

quemada una camioneta recién adquirida y pidieron que se fueran los ingenieros y promotores del proyecto. En un día se tuvo que disolver la institución, que estaba cumpliendo 16 años de trabajo de evangelización y promoción. Se disolvió la institución y sólo se quedó la parroquia y sus servicios religiosos. Cuando se dice que Sendero no atacó a la Iglesia, creo que es falso, ya que, en este caso, como en otros del Sur Andino (los IER de Juli y Ayaviri, etc.), sí lo hizo y de manera brutal.

La permanencia de los jesuitas en la parroquia fue realmente heroica, ya que no tenían protección de ningún tipo y compartieron el destino normal de los más pobres de este país. Muchísimas veces tuvieron que subir y bajar a pie, “negociar” con los senderistas, que los querían obligar a irse. Lo riesgoso era que estos religiosos eran extranjeros, uno norteamericano y el otro español. Sendero poco a poco fue mostrando su estilo y su odio contra los extranjeros: mató y amenazó a cooperantes italianos, norteamericanos, españoles, japoneses, etc.

Yo había salido de la zona unos meses antes y sólo fui testigo indirecto de los ataques a las grandes unidades productivas, de la disolución del proyecto educativo promocional y del trabajo con los refugiados campesinos en el valle.

Entre los meses de mayo de 1987 a mayo de 1988 estuve en Lima haciendo un posgrado en el Universidad Católica. Fui testigo de varios atentados perpetrados en Lima, de la matanza realizada con los presos de Lurigancho y el Frontón durante el Gobierno de Alan García. En esos meses sentí y vi la indiferencia de muchos limeños que, como cierta clase, viven al margen de los problemas de la mayoría del Perú. Los apagones estaban a la orden del día, teníamos que andar siempre con los documentos en la mano, ya que las batidas policiales se presentaban en cualquier momento. Una vez, estando de visita en un hospital, por segundos no me quedé encerrado dentro de un ascensor. En los periódicos se hablaba de muertos, de enfrentamientos, de desaparecidos, de periodistas asesinados y, lo que es peor, ya no nos impresionábamos de nada. Un día fue un muerto, al día siguiente dos y después fueron cientos y miles, y Lima permanecía indiferente ante lo que se vivía en departamentos como Ayacucho, Huancavelica, Apurímac, Junín, Puno, etc.

Y HASTA CREERÁN QUE ASÍ DAN CULTO A DIOS (JN 16,2)

Aun así, muchos hablaban de que Lima sería cercada por Sendero y que lo mejor era irse del país. Muchos se fueron, sobre todo gente que tenía dinero o que ya tenía algún familiar fuera. El desastre económico provocado por el gobierno de Alan García, la inseguridad que provocaban Sendero, el MRTA y la represión indiscriminada empujaron a muchos a tomar la decisión de irse fuera del Perú.

En 1987 hicimos el primer retiro sobre “espiritualidad y violencia”, al que precisamente asistió la madre Agustina Rivas, después mártir, asesinada por la violencia en La Florida, Junín. Allí tuve la suerte de conocerla y gozar de su buen humor. Este primer retiro lo promovimos con el párroco de La Oroya. Veíamos la necesidad de desarrollar una espiritualidad para poder sobrevivir con el miedo, la impotencia, el dolor que provoca la guerra. Siempre pensábamos en los campesinos, los pobladores de los barrios pobres, los refugiados, las viudas y huérfanos a los que habíamos empezado a servir. De estos eventos y de la iniciativa de varios agentes pastorales surgieron unos talleres de reflexión sobre la violencia, los derechos humanos, la paz, etc. También entonces comenzaron las vigiliadas y las jornadas de oración por la paz.

Finalmente, tuve la suerte de recibir a algunas delegaciones de familiares de desaparecidos de Ayacucho que venían a Lima para pedir ayuda en sus demandas. Estuve de traductor de quechua, celebrante y acompañante. Comencé a ver la importancia de conocer y estudiar a Sendero como propuesta política y militar. Guardaba todo papel vinculado con ellos y todo lo que hablara sobre ellos. Revistas como *Quehacer*, *Caretas* y otras comenzaron a publicar estudios sobre Ayacucho y las posibles causas de la violencia senderista. En Lima había lugares donde se podían conseguir las publicaciones de Sendero, especialmente el *Diario de Marka*, que una temporada funcionó como el vocero de esta agrupación terrorista. Pero lo más importante era que me fui involucrando en el dolor y las esperanzas de las víctimas de esta guerra absurda, personas que no dejaban de buscar justicia y respeto para sus personas y sus muertos.

Quiero terminar contando brevemente lo que vi y supe de la zona de selva de Junín. Allí Sendero entró fuertemente a partir de 1987 y vio que la zona era militarmente propicia, tanto por lo difícil

CARLOS FLORES LIZANA

del terreno como por la presencia de los narcotraficantes, a los que se alió para conseguir dinero para comprar armas y para corromper malas autoridades y malos elementos de las Fuerzas Armadas. En esa zona convivían con relativa paz los colonos, de origen serrano, y los asháninkas, comúnmente llamados campas. Cuando llega Sendero, exacerba y polariza las contradicciones y resentimientos entre colonos y nativos, ataca los puestos policiales, hace renunciar a las autoridades locales, castiga a los delincuentes, amenaza a los terratenientes colonos, “libera” zonas... pero lo peor que hizo fue obligar a los asháninkas a estar a su servicio. Según datos recogidos de personas serias y confiables que conocían la zona, Sendero tuvo bajo dominio, en una verdadera situación de esclavitud, a cerca de 9,000 asháninkas. Los hacían trabajar para ellos, pescar, robar glucantine y otras medicinas para curarse ellos. Los obligaban a vivir debajo de los arboles en zonas húmedas y oscuras, donde han muerto infinidad de nativos de hambre y desnutrición, sobre todo niños. Las narraciones de lo que han sido capaces estos fanáticos y asesinos superan la imaginación; sólo Dios sabe realmente lo que ha sufrido este grupo humano.

Dentro de esta lucha cruel murió la hermana Agustina Rivas, de la congregación del Buen Pastor. Murió como una verdadera mártir. Pidió perdón y compasión para una familia fundadora del pueblo llamado La Florida, en el río Yurinaki, afluente del Ene. Su cuerpo de mujer consagrada a Dios y al servicio de sus hermanos y hermanas quedó tendido de un disparo en la cabeza junto a la familia asesinada en una de las esquinas de la amplia plaza del pueblo. El crimen fue ejecutado por una joven de aproximadamente 17 años de edad. No dejaron que fuera enterrada hasta que su “castigo ejemplar” fuera “entendido” por todos. Su cuerpo descansa hoy en Lima, como semilla de esperanza.

Tuve la suerte, como dije, de conocerla y de saber cómo era su vida y cómo fue su entrega final. Fui una de las primeras personas en volver a su casa, visitar donde murió y agradecer por su ejemplo de sencillez y de amor radical. Como ella, han muerto muchos catequistas y encargados de templos de Ayacucho, algunos por desobedecer las ordenes de Sendero, otros por enseñar el catecismo y tocar las campanas, otros por proteger a otros más débiles y pobres que ellos. Creo que será necesario escribir la historia de la Iglesia desde esos

Y HASTA CREERÁN QUE ASÍ DAN CULTO A DIOS (JN 16,2)

mártires y santos campesinos, indígenas, comuneros y nativos que en el anonimato y la pequeñez supieron amar y dar testimonio de su fe en momentos tan duros como los que vivieron.

3. MIS AÑOS EN AYACUCHO: 1988-1991

Terminados los estudios, fui enviado a la ciudad de Ayacucho, donde llegué el 8 de mayo de 1988, día de san Juan de Dios. Llegué por avión y, al bajar, mi primera impresión era como si llegara a una zona de guerra. Todo el aeropuerto estaba lleno de soldados y tanquetas. Al comienzo del mismo aeropuerto estaba el cuartel, llamado de los “Cabitos”, de donde salían las patrullas en búsqueda de las columnas senderistas o para detener alguna persona acusada. Toda la ciudad estaba llena de militares y policías, unos con uniforme y otros de civil. Con el tiempo, uno podía saber rápidamente quién era *tira*, como llamaban a la policía de investigaciones o a los militares vestidos de civil.

En Ayacucho, los jesuitas habían abierto casa hacía un año. El obispo les había prometido casa y trabajo. Cuando llegaron los primeros, Antonio Arana y Ángel Palencia, no tenían ni casa ni apoyo económico y estuvieron viviendo algunos meses en la parroquia, que hacía a la vez de seminario menor. Los jesuitas habían sido llamados para tres tareas específicas: ofrecer el servicio de confesiones, atender a las religiosas de los distintos conventos que había en la diócesis y trabajar en la universidad. Después de superar algunos pequeños problemas con el obispo de ese tiempo, comenzaron a vivir en la calle San Martín, en el local donde unos años antes había funcionado Radio San Cristóbal. Era una casita pequeña y sin patio; allí estuvieron hasta que compraron una casa en 1998, más grande y ubicada muy cerca de los nuevos locales de la universidad y del Hospital Regional de Ayacucho.

Se les entregó el templo de la Compañía en bastante buen estado para su trabajo pastoral. No se hicieron cargo de parroquia alguna hasta hace un par de años, que abrieron una nueva comunidad en Cangallo, ciudad pequeña y muy calurosa, cerca del río Pampas y de Chuschi, el lugar donde se iniciaron las actividades guerrilleras de Sendero en 1980.

CARLOS FLORES LIZANA

Huamanga la sentí como una ciudad antigua, con una hermosura descuidada, sobre todo porque sus autoridades no sabían hacer respetar el estilo de las casas y las nuevas construcciones no respetaban nada su estilo colonial. La ciudad vivía de la burocracia estatal, la que trabajaba en la universidad y en las dependencias del Estado. No había, y hasta hoy no hay, ninguna fábrica, produciéndose sólo algo de artesanía; la agricultura y la ganadería eran realmente muy pobres. En los casi cuatro años que estuve, habré visto seis turistas. La mayoría de la gente se iba de la zona. En lo que se refiere a las familias tradicionales, las familias “huamanguinas”, se quedaban las que no tenían dónde ir, las otras se fueron en su mayoría.

La universidad, que, según me referían, había logrado tener en sus buenos tiempos hasta 15,000 estudiantes, en 1987 tenía alrededor de 5,000. Se calculaba, sin embargo, que en cosa de ocho años, desde 1980, la población había crecido de 70,000 a 120,000 habitantes. Pero lo curioso era que, de esos 120,000, aproximadamente un 70% o más eran estudiantes en sus diversos niveles. Esto fue muy importante para decidir hacer un trabajo con ellos. Había, a pesar de la guerra interna, muchos niños, adolescentes y jóvenes que seguían con la esperanza de un futuro mejor a través de la educación. En el año 1988 entramos a la Universidad de San Cristóbal de Huamanga un psicólogo, un profesor de matemáticas y yo, cada uno a distinta facultad. Desde la universidad pude entender cómo había nacido Sendero, cómo trabajaba con los docentes y universitarios, cómo veían los jóvenes varones y mujeres lo que había pasado y lo que estaba pasando, etc. Fue muy importante estar en la universidad para trabajar con las comunidades cristianas juveniles.

Sobre la Iglesia local, encontré lo siguiente: la diócesis tenía 46 parroquias, de las cuales sólo 22 tenían párroco estable, las otras se atendían esporádicamente con visitas que se organizaban de acuerdo a las épocas de fiestas y al ritmo de la guerra. El clero secular en su totalidad era peruano y de una edad relativamente avanzada. En Huamanga estaban los salesianos y las salesianas, cada comunidad con un colegio tradicional. Lo mismo pasaba con los franciscanos, que también tenían un colegio, pero mucho mejor llevado. En la ciudad existían, como hasta ahora, dos conventos de monjas contemplativas, las clarisas y las carmelitas. De congregaciones de

Y HASTA CREERÁN QUE ASÍ DAN CULTO A DIOS (JN 16,2)

religiosas sin colegio estaban las dominicas del rosario. En Huanta, ciudad que está como a una hora de viaje, estaban las carmelitas de vida contemplativa y las hermanas franciscanas de la Santa Cruz. Finalmente, en Huamanga, San Miguel y Tambo, provincia de La Mar, estaban franciscanas de la Inmaculada Concepción, de fundación méxico-norteamericana.

La llegada de los jesuitas fue recibida con mucha alegría por todas las congregaciones, ya que ellos volvían a Huamanga - Ayacucho después de más de 200 años, es decir, desde la expulsión de 1776. El grupo de jesuitas fue encontrando su lugar de acuerdo a los objetivos que se les habían encargado. Ángel estaba iniciando las comunidades de vida cristiana con algunos universitarios; Antonio atendía a las religiosas de vida activa y a los tres conventos de comunidades contemplativas, y Carlos Smith, llegado posteriormente, empezaba a organizar lo que fue después OAASA (Oficina Arquidiocesana de Acción Social de Ayacucho) en el antiguo hospital de los hermanos de San Juan de Dios. Esta oficina era la encargada de la atención social a las parroquias que tenían algún servicio a las viudas, huérfanos, enfermos, presos, etc.

Lo que más nos llenaba de sentido y satisfacción profunda era poder estar al lado de las víctimas, fueran de la condición que fueran; íbamos a donde nos llamaban, a veces sólo a llorar con las viudas y los huérfanos, porque no podíamos hacer más ni sabíamos tampoco qué hacer.

Desde el primer día que llegué a Ayacucho estuve con los huérfanos del puericultorio que dirigían las hijas de Santa Ana, cuyo fundador había sido don Andrés Vivanco Amorín, a quien tuve el privilegio de conocer y mirar sus ojos de anciano dulce y sabio. Hasta que salí de Ayacucho estuve con ellos, es decir, casi cuatro años de mi vida. Creo que esta experiencia ha marcado definitivamente mi vida y mi manera de ver la violencia.

Nosotros pensábamos que la posición más evangélica era estar al centro, porque ambos, es decir, tanto Sendero como el Ejército, producían muertes y dolor permanentes. Hasta podría decirse que para muchos eran más crueles los militares que los propios senderistas.

Pero, quizás, lo más profundo que hemos vivido han sido las distintas experiencias espirituales en una zona de guerra donde cada

CARLOS FLORES LIZANA

día teníamos que convivir con el dolor y la pasión del Señor en los pobres de Ayacucho. Estas experiencias han sido un verdadero camino espiritual, ya que pude sentir lo que fue la soledad de la fe desnuda frente a la posibilidad de morir en cualquier momento, ya que no teníamos ninguna protección especial frente a la posibilidad de ser acusados de prosenderistas o de soplones. La posibilidad de morir estaba en la calle, tanto por una bala perdida como por un atentado. Pude ver muchos muertos y conocer sitios donde se veían perros o chanchos comiendo los cuerpos mutilados de personas asesinadas sabe Dios por quién. En una oportunidad vi a cinco jóvenes quemados de la cintura para arriba tirados en la morgue del hospital de Ayacucho, tenían los ojos reventados por el calor y estaban irreconocibles. Habían sido encontrados al borde de un camino. Me avisaron del hecho y fui a rezar junto a ellos.

Fueron innumerables las veces que tuve que hacerlo. Como sacerdote iba a donde me llamaran, sin importarme quién era el muerto o por quién había sido muerto. Me importaban los que quedaban: las viudas, huérfanos, esposas, madres o amigos que lloraban y necesitaban consuelo, solidaridad, ánimo. Me llenaba de miedo pensar que podrían hacerme algo semejante. La crueldad, incluso barbarie, que pude ver en esos cadáveres me llenaba de espanto. Casi todos los días oraba sin descanso pidiendo fuerzas para no volverme un esquizofrénico ni un falso héroe, ya que la tensión en la que vivíamos me llegó a enfermar psicológicamente. Cuando salía de la zona, que por recomendación del provincial debía ser frecuente, no podía escuchar explotar cohetes, porque ya me llenaba de inseguridad y miedo. Hasta ahora no puedo tener a alguien que no conozco detrás de mí, ya que estuve amenazado de muerte durante algunos días. Muchas veces teníamos que hacer catarsis contando lo que vivíamos de manera que yo sentía obsesiva, casi compulsiva. Tengo que dar muchas gracias a tantos que me escucharon ese tiempo. Creo que yo también pude escuchar a otros en ese tiempo, mucho otros que no tenían confianza para contar sus dolores y miedos a cualquier persona.

Un dato que no debo dejar pasar es que cuando aparecía un muerto teníamos que tener paciencia para saber, en primer lugar, quién era, y después quiénes lo habrían matado y por qué razones.

Y HASTA CREERÁN QUE ASÍ DAN CULTO A DIOS (JN 16,2)

Un obispo de Centroamérica decía por aquellas épocas: “Sabemos quien muere, pero no quién ha sido el asesino”; “Nosotros ponemos los muertos, otros las armas”. Esa fue una experiencia constante: relativamente pronto se podía saber quién había muerto, pero no quién había matado. La noticia se asentaba y a las semanas ya podíamos apuntar con bastante certeza a quiénes habían sido los posibles autores. Cada asesino tiene su estilo, Sendero, los militares, los narcotraficantes, los ronderos, los que se aprovechaban de las circunstancias para vengarse, extorsionar, etc. Por ejemplo, Sendero ajusticiaba a sus víctimas, el Ejército las desaparecía, los narcotraficantes las mataban a traición... Cuando los cadáveres eran sepultados en fosas comunes o enterrados con un tractor después de ser acribillados, sabíamos que era la “honorable y blanca” Marina; cuando tenían letreros, normalmente era Sendero. Si un cadáver no tenía dedos o tenía las huellas digitales borradas y desfigurado el rostro, podía ser un herido de Sendero que era abandonado y moría en la soledad más cruel. Cuando había mujeres violadas y después torturadas y tiradas muertas en un barranco o borde de un camino, lo más seguro es que habían sido los cabitos o la policía... Cada bestia tiene su estilo de matar, dicen los zoólogos. Algo de esto aprendimos a reconocer en esos años de barbarie.

Un quehacer importante fue el de muchas religiosas, que servían poniendo en riesgo sus vidas y salud. Esas hermanas de las comunidades que vivían en Huamanga y las distintas poblaciones salvaron la fe en Dios y en la Iglesia de muchos de nosotros. Eran las únicas, por ejemplo, que podían acercarse y recoger los muertos y pedazos de cadáveres cuando éstos eran ubicados en un barranco, en un camino o en el campo. Eran ellas las que atendían a los presos en el penal de Huamanga, fueron las que, con sus limitaciones y a veces errores serios en la línea de lo que hoy conocemos como inculturación, cuidaban de los huérfanos y ancianos que venían de ambos lados.

Cuando salí de la zona, en mayo de 1991, solamente en el departamento de Ayacucho se calculaba que la guerra había producido entre 15,000 a 17,000 huérfanos. La Iglesia de Ayacucho, en sus cinco casas de refugio o puericultorios, atendía un máximo de 500 de estos niños y niñas que habían perdido de forma violenta a sus padres y, en algunos casos, a toda su familia. Desde entonces me

CARLOS FLORES LIZANA

vengo haciendo la pregunta: ¿en manos de quién han quedado los miles de huérfanos que ha producido esta guerra sin sentido? En el año 1999 el Estado peruano reconoció la cifra de 60,000 huérfanos en el país, pero es posible que la cifra real sobrepase los 100,000. ¿Quién los ha cuidado? Creo que el amor de otros pobres como ellos es quien ha cuidado de estas víctimas inocentes. Pienso que el Espíritu de amor propio de Jesús compasivo es quien ha dado fuerzas a esas personas que los han acogido, tratado con ternura y asumido con todas sus consecuencias.

Finalmente, la otra experiencia constante fue que las Escrituras las leíamos de otra manera. La realidad desde donde la escuchábamos, predicábamos y orábamos era realmente especial y distinta. Los textos de la pasión de Jesús cobraban un realce especial, los dolores, el juicio de Jesús, los soldados, el valor y el llanto de las mujeres nos sonaban de manera más profunda y clara. Creo que aprendimos a no soñar con mesianismos fáciles, y quizás de ningún tipo. El valor de lo concreto y lo pequeño nos han hecho más sencillos y confiados. Experimentamos realmente el consuelo de Dios cuando parecía que todo se venía abajo, y cuando uno le ha perdido el miedo a la muerte, ya nada puede temer, la muerte misma es vista como un acto de amor. Experimentamos que el Reino nadie lo detiene y que se está manifestando cada día y en cada momento. Pero esas certezas no se consiguen para siempre, deben ser renovadas y recibidas con fe y confianza en Jesús, que tuvo que pasar cosas semejantes durante su vida mortal. Los pequeños precisamente nos enseñaron muchas de estas manera de leer y sentir las Escrituras. Su debilidad, su indefensión más absoluta nos purificaron la fe y la vida. Es relativamente fácil creer y servir a Dios desde la seguridad, la comodidad y la ausencia de compromiso. Lo vivido en Ayacucho era otra cosa.

4. 1991-1999: CUSCO Y APURÍMAC

Como he contado alguna vez, salí de Ayacucho llorando como un niño por la pena de dejar a tanto amigos con los que pude compartir esos casi cuatro años de mi vida. Salí con el convencimiento de que el dolor compartido une más que la alegría. Desde ese tiempo, todos

Y HASTA CREERÁN QUE ASÍ DAN CULTO A DIOS (JN 16,2)

los años que puedo vuelvo a Huamanga a renovar mis amistades. La zona de Cusco me parecía otro país, sobre todo si comparamos con la situación de Ayacucho, Huancavelica, Junín o el mismo Puno. Gracias a Dios y a todos los que hemos trabajado por la pacificación con justicia.

Sin embargo, me di mis buenos sustos cuando en 1991 fue atacado el puesto de policía de Andahuaylillas (Quispicanchi). Supimos de la noticia y corrimos desde Urcos a ver qué había sucedido. Sentí nuevamente el miedo, pero también me sirvió el haber vivido en zonas de emergencia. Di tranquilidad a mis compañeros de comunidad y pude tener la calma para decirles qué se tenía que hacer y tomar el tiempo necesario para saber realmente qué había pasado y qué significado tenía ese atentado. El otro momento fuerte fue en 1992, cuando los senderistas liberaron a sus presos de la cárcel de Qenqoro. Recuerdo que fue un domingo cuando lo hicieron; rompieron con un volquete el muro externo del penal. En ese momento ya tenían preparada a su gente jugando fútbol en una cancha precisamente al lado del muro por el que tenían planeada la fuga. También tenían caballos para que pudieran huir rumbo al santuario del Señor de Huanca. Huyeron unos 60 presos de Sendero con ayuda de otros que estaban sueltos y operando en la zona. Según versiones recogidas en varios sitios, en la huida unos lograron irse hacia Paucartambo, otros hacia Quillabamba y, finalmente, otros, pasando por Ccatcca, quisieron irse hacia Ocongate y Marcapata. El Ejército y la policía los persiguió con ayuda de helicópteros que iban dejando grupos de soldados que peinaban las comunidades. Parece que había orden de matarlos y así lo hicieron; algunos fueron rescatados y nunca se supo más de ellos. Supe también que algunos miembros de tres familias de Apurímac colaboraron con esta fuga. Uno de ellos fue capturado y pudo huir de la carceleta de la policía descolgándose de una ventana con una frazada corta. Otro pagó dinero y también huyó con la colaboración de malos miembros de la policía. El tercero fue internado en la cárcel de Qenqoro. Los tres eran varones jóvenes y con familia.

Quiero también, finalmente, relatar mi experiencia de cercanía a los hechos y las personas que sufrieron la violencia en Apurímac, en el año 1997. Por azares de la vida fui a estudiar las posibilidades de desarrollo de la comunidad de Iscahauca, en la cabecera del río

CARLOS FLORES LIZANA

Chalhuanca, provincia de Aymaraes. Allí me encontré nuevamente con los efectos reales y crueles de la violencia, tanto de Sendero como del Ejército. Recogí muchas tristes historias de los sobrevivientes de los años de violencia en esa zona. En año 1985 Sendero crece hacia fuera de Ayacucho y lo hace en los espacios donde preveía posibles enrolamientos durante el desarrollo de la llamada “guerra popular” con el fin de ampliar sus bases. Voló casi todos los puentes de la carretera que circunda el río Chalhuanca e hizo huir a los delincuentes, abigeos, ladrones, abusivos, etc. de la zona. En otros casos los mataba de forma ejemplar y prohibía el entierro hasta que “el pueblo vea cómo el partido no permite...”. También castigaba a los malos profesores, obligaba a renunciar a las autoridades y nombraba otras nuevas que estuvieran al servicio de sus propuestas, recorría la zona y atacaba a los puestos de la policía. Poco a poco iba formando sus cuadros, unos voluntarios y otros a la fuerza. La respuesta del Ejército fue construir siete bases militares desde Quilkaqasa hasta Abancay, en un intento de contener el avance senderista hacia Apurímac, Cusco y Puno.

Los pobladores sienten a los militares como un ejército de ocupación, les tienen miedo porque se portan abusivamente, violan, roban, se hacen servir de las poblaciones que, a pesar del miedo, se habían quedado, torturan y detienen sin ningún respeto. La cantidad de muertos es muy grande, los desaparecidos se cuentan por cientos, los requisitorizados por miles. Aymaraes es la provincia con más víctimas de Apurímac. En un artículo publicado en *Allpanchis* 58 doy razón de la historia de los cambios sociorreligiosos de esta comunidad.

Los trabajos de la Comisión de la Verdad están mostrando la barbarie hecha por ambos actores en esta zona. Por poner un ejemplo, sólo en la comunidad de Capaya, en el mes de diciembre del 2001, se encontraron nueve lugares donde posiblemente hayan sido enterrados muchos de los desaparecidos y torturados durante esos terribles años de la guerra.

Los senderistas enrolaban y adoctrinaban a los niños y niñas que sobrevivían a sus propias matanzas. Los llamaban con un nombre que suena macabro: “los pioneros”. Estos niños eran adoctrinados y entrenados y dejados por temporadas en las comunidades campesinas consideradas seguras. Después de un tiempo los recogían y los

Y HASTA CREERÁN QUE ASÍ DAN CULTO A DIOS (JN 16,2)

llevaban a otras comunidades. Estos niños y adolescentes serán los que coloquen explosivos en lugares estratégicos para hacer los atentados, los que se infiltren para servir de correos entre los mandos senderistas, etc. Cada acción parecía un intento de demostrar quién era más cruel y brutal, en medio los campesinos y sus familias, y nosotros tratando de servir a la vida y a la paz.

No hemos cuidado privilegios ni puestos de ningún tipo ni institución alguna, simplemente la vida nos ha concedido servir a la vida con nuestra propia vida. No pertenezco a ningún partido, aunque crea en la dimensión y acción política de toda persona. Creo en las organizaciones sociales y en las instituciones que realmente sirven a los pobres y, en especial, a las víctimas de cualquier tipo de violencia. Creo que Dios ama con especial ternura a los que se ponen del lado de las víctimas y que no habrá reconciliación auténtica sin antes pasar por la verdad, la justicia y la reparación.

Para terminar, creo que mi recorrido por estos lugares de dolor y de esperanza me ha convencido de que vale la pena seguir luchando y trabajando porque los derechos humanos sean respetados de manera más total e irrestricta; que en el Perú la Iglesia ha demostrado ser un actor social en medio de esta guerra absurda que hemos vivido, y creo también que ha tenido distintos comportamientos. Precisamente en las zonas donde la Iglesia ha sido y es más conservadora su posición en general, desde mi punto de vista y experiencia, ha sido fatal, por decir lo menos. Yo me atrevería decir que muchos miembros de la Iglesia, con su silencio y su participación pasiva han sido cómplices de muchos de estos horrores y pecados contra Dios y sus hijos. ¡Qué diferencia con las iglesias locales del Sur Andino que, desde un principio, tomaron posición y detuvieron, junto con las organizaciones campesinas y partidos políticos, el avance de la barbarie! Los datos y las cifras de muertos, desaparecidos, fosas comunes, huérfanos y demás víctimas son realmente escalofriantes. Otra prueba es la falta de apoyo de esas iglesias locales y de la sociedad civil a las actuales tareas de la Comisión de la Verdad y la Reconciliación.

El Dios amor, Jesús, el Señor de la vida, el tiempo y la historia darán la razón al que la tenga.